

Pensando solidariamente

M.A. Pérez Fernández ¹, J. M. Fernández-Palacios ^{2,3}

(1) Área de Ecología, Departamento de Sistemas Físicos, Químicos y Naturales, Universidad Pablo de Olavide, Carretera de Utrera Km 1 s/n 41013 Sevilla.

(2) Departamento de Ecología de la Universidad de La Laguna

(3) Agencia Española de Cooperación Internacional

➤ Recibido el 29 de abril de 2008, aceptado el 30 de abril de 2008.

Solidaridad y medio ambiente se han convertido en palabras habituales de uso cotidiano. Lo que hace años quedaba restringido a ámbitos muy concretos de la Universidad o de entidades dedicadas a la ayuda y a la cooperación, se han trasladado en la actualidad a prácticamente todos los estamentos, impregnando proyectos, planes e incluso políticas y generando actuaciones en lugares diversos.

No obstante lo dicho, si bien es cierto que son muy numerosos los proyectos solidarios y que también abundan los proyectos ambientales, la conjunción de ambos no es tan frecuente como pudiéramos imaginar. Bien porque la cooperación y la solidaridad se centran en actuaciones sociales, sanitarias o humanitarias, bien porque los científicos nos centramos en aquellos proyectos que más atraen nuestro intelecto, con más o menos conexión con el mundo, o por cualquier otra razón, no ha sido hasta hace poco que hemos empezado a conocer la existencia de proyectos en los que los científicos ponen al servicio de quienes lo necesitan su conocimiento, tiempo y trabajo. Del mismo modo, y también de forma reciente, ha comenzado a ser más frecuente la solicitud de ayuda para completar actuaciones ambientales en países en desarrollo.

Probablemente esto no sea más que una consecuencia directa del momento histórico en el que la humanidad se encuentra inmersa. Nos enfrentamos con la perpetuación de las disparidades entre las naciones y dentro de las naciones, con el agravamiento de la pobreza, el hambre, las enfermedades y el analfabetismo y con el continuo empeoramiento de los ecosistemas de los que depende nuestro bienestar. No obstante, y como en ocasiones se ha dicho desde Naciones Unidas, si se integran las preocupaciones relativas al medio ambiente y al desarrollo y si se les presta más atención, se podrán satisfacer las necesidades básicas, elevar el nivel de vida de todos, conseguir una mejor protección y gestión de los ecosistemas y lograr un futuro más seguro y más próspero. Ninguna nación puede alcanzar estos objetivos por sí sola, pero todos juntos podemos hacerlo en una asociación mundial para un desarrollo sostenible.

La erradicación de la pobreza va unida inequívocamente a un desarrollo sostenible que debe aplicarse inmediatamente para mejorar la calidad de vida de los pueblos que, por otro lado, han de mantener su derecho a continuar en la tierra que les pertenece. Cultura, nutrición y ecología son básicas en la erradicación de la pobreza y desarrollo sostenible. Entre las causas naturales que dificultan la erradicación de la pobreza, las sequías ocupan el primer lugar. En materia económica, las orientaciones neoliberales impuestas por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial tienen una enorme gravitación en el aumento de la inseguridad alimentaria, al exigir la eliminación de los subsidios a los productos de primera necesidad y destinar las riquezas producidas al pago de la deuda externa.

Se hace evidente entonces que el desarrollo sostenible debe beneficiar a los pobres. En las declaraciones preparatorias y posteriores a la Cumbre de la Tierra, se reconoció de manera general que uno de los desafíos más importantes que plantea el desarrollo sostenible es la erradicación de la pobreza. Una innumerable cantidad de personas muy pobres vive en regiones sometidas a grandes presiones ecológicas y sus comunidades dependen considerablemente de lo que les ofrece la naturaleza. La degradación del medio ambiente natural menoscaba en gran medida su capacidad para satisfacer las necesidades mínimas.

Las iniciativas tendientes a la erradicación de la pobreza en forma permanente deberán apuntar al logro de una forma de desarrollo sostenible centrada en la comunidad que, al mismo tiempo, tenga en cuenta la dependencia de la comunidad local de su medio ambiente natural. Los programas de lucha contra la pobreza y de gestión de recursos deberán unificarse en un marco común que abarque todos los planos, desde la cuenca a que pertenece la comunidad hasta el plano mundial.

Las peticiones de ayuda no son nuevas, ni tampoco las iniciativas a favor de los más necesitados. Afortunadamente, las ayudas comienzan ya a tener un enfoque mucho más pluridisciplinar que el de hace unas décadas. Se parte de que el verdadero desarrollo de los pueblos ha de llevarse cabo de manera autosuficiente, utilizando lo que su medio les aporta y haciéndolo de modo sostenible. Esto es lo que hemos recogido en este monográfico '*Ecología y Desarrollo*': ejemplos de actuaciones solidarias en las que se aportan soluciones a problemas concretos, mediante el uso racional de los recursos, uno en México (Baraza *et al.*), otros dos en Mauritania (Fernández Palacios *et al.*; Molina *et al.*) y otro en Australia (Pérez Fernández). Igualmente se presenta un ejemplo de cómo se puede trabajar solidariamente en pro de la biodiversidad (Zafra *et al.*) y un profundo análisis valorativo de la función de la Universidad como agente cooperante en Iberoamérica (Tellería); otro trabajo (González *et al.*) analiza el marco del análisis de vínculos existentes entre la conservación de los ecosistemas y la lucha contra la pobreza; un interesante trabajo de cooperación en el más amplio sentido de la palabra (Sánchez), nos hace reflexionar con una valoración social de las posibilidades de actuación en comunidades azotadas por extrema pobreza. El monográfico se cierra con un artículo de opinión (Cabezas) sobre el ya inminente problema del cambio climático, en numerosas ocasiones responsable de catástrofes en zonas realmente deprimidas.